

## SEGUIR IGUAL... O NO

ANTONIO JIMÉNEZ SÁNCHEZ

La sombra de unas terceras elecciones se alarga entre los sillones de un Congreso que me atrevería a decir que nunca ha parecido tan ineficaz a los ciudadanos. Mientras nuestros electos siguen a vueltas con sus pactos y disensiones, escenografías y estrategias, culpando siempre al otro, la vida sigue. Y cómo sigue...

Mientras para algunos las aspiraciones de crecimiento de nuestro país pasan por ser el gran chiringuito de playa de Europa, se apaga nuestra industria y despreciamos un talento que, prácticamente, sale de nuestras universidades con el pasaporte bajo el brazo. Los trabajadores y trabajadoras siguen realizando horas extras sin cobrarlas, no pocos trabajando sin dar de alta, sufriendo accidentes por falta de medidas preventivas, o perdiendo derechos a golpe de reforma laboral. La mitad de los parados, sin tener ninguna protección; muchos de ellos, sobre todo los de mayor edad, atrapados entre un mercado laboral que no los quiere y una jubilación a la que no pueden acceder. Las mujeres siguen cobrando menos que los hombres desempeñando los mismos puestos de trabajo, y en la encrucijada de tener que elegir entre maternidad y vida profesional. Los empleados públicos continúan redoblando esfuerzos para compensar la falta de personal, con una carencia de medios materiales que ya parece crónica en servicios esenciales como la sanidad o la educación. Cientos de dependientes siguen falleciendo mientras esperan una prestación. A los extranjeros irregulares se les trata como delincuentes y continúan sin recuperar siquiera el derecho a la asistencia sanitaria. Determinados enfermos, siguen teniendo que esperar hasta un año para ser atendidos por su especialista. Los abuelos, sosteniendo una red de protección y asistencia para las familias que, en cualquier otro país europeo, sería una obligación ineludible de las administraciones públicas.

Y aquí, en nuestra esquina del mapa patrio, además de todo eso, persisten esas cosas tan “de siempre” que nos identifican (por desgracia), tanto o más que el agraciado paparajote o el Bando de la Huerta: seguimos discriminados en el sistema de financiación autonómica, teniendo un campo sediento, una autovía que termina en un banal, un aeropuerto sin aviones, nuestro Mar Menor en grave estado, un Ave que nunca llega. En fin..., siendo una Región invisible o “de tercera”, en el mejor de los casos, para el Gobierno Central.

Los “150 *compromisos* para mejorar España”, en los que se concreta el acuerdo de investidura entre los señores Rajoy y Rivera, fueron la evidencia más palpable de que si se hubiese investido al primero, la vida seguiría “igual” para la mayoría de los ciudadanos: nos seguirían gobernando desde un partido con innumerables episodios de corrupción, se mantendrían las dos reformas laborales que han convertido el Estatuto de los Trabajadores en el Estatuto del Empresario, nuestro modelo productivo seguiría malviviendo de actividades de bajo valor añadido que sólo demandan mano de obra barata y sin cualificar, los salarios seguirían manteniéndose en la indignidad – más aún si se subsidia con dinero público el empleo precario en vez de elevar el Salario Mínimo-, la fiscalidad seguiría llena de prebendas y subterfugios para los que

más tienen, nuestras pensiones continuarían amenazadas y nuestro Estado de Bienestar, recortado.

Confío, sin embargo, en la proverbial tozudez de los españoles. Lo dijimos en las elecciones de 20 de diciembre de 2015, lo volvimos a decir en las de junio de este año, y estoy seguro de que lo volveríamos a decir en las navideñas terceras elecciones (que parece llegarán si nadie lo remedia): no queremos seguir igual. Siete de cada diez votantes lo dijeron, mandando llegar a un entendimiento para articular un verdadero y distinto proyecto de país. Las fuerzas políticas que están (o dicen que están) por el cambio, tienen que demostrarlo sin más dilación, asumiendo que es lo que la mayoría social de este país quiere y necesita con urgencia.

El debate tiene que salir del estéril y repetitivo recuento de diputados en el que está encallado, para trasladarse a los problemas reales que tienen los ciudadanos, haciendo todos los esfuerzos que sean necesarios para que tengamos un Gobierno dispuesto a escucharlos y a ponerles solución. Se necesita mucho más que una lista de medidas inconcretas para restituir la integridad democrática de nuestras instituciones, para reformar nuestras bases productivas o para reclamar en Europa la reconstrucción de nuestro modelo social. Se necesita la generosidad, la responsabilidad y la valentía política de aparcar diferencias programáticas insustanciales y trabajar en el que debería ser un objetivo común de todas las fuerzas progresistas: constituir, de una vez, un Gobierno que ponga los derechos y el bienestar de las personas por encima de determinados intereses económicos y financieros que son, hasta ahora, los únicos beneficiados de que todo siga igual.

***Antonio Jiménez Sánchez es Secretario general de UGT de la Región de Murcia***